

también en el rancho escaso y malo las consecuencias de la huelga; sobrecargado de servicio, y obligado a una campaña que le repugnaba cada vez más. Como consecuencia, el cansancio y la repugnancia debilitaban la disciplina.

Los soldados movilizados para reemplazar a los huelguistas cumplían con torpeza e indiferencia, y los resultados eran deplorables; su trabajo venía a ser un sabotaje inconsciente.

El ejército obedecía con mala voluntad. No se les ocultaba el hecho a los jefes, quienes observaban el aumento de la indisciplina; pero no osaban castigar por no acrecentar el daño observado, limitándose a reprender a sus subordinados, tratando de animarlos con arengas patrióticas.

Resultaba al fin que el ejército, única fuerza positiva a la disposición del gobierno, se debilitaba por momentos. El progreso de la propaganda antimilitarista se hacía patente, y un observador prudente no podía menos de reconocer que la huella era profunda, y que el menor incidente, una consigna más severa, por ejemplo, o una orden que pudiera parecer rigurosa o excesiva, ocasionaría la franca rebeldía.

Sentíase a los soldados agitados, dispuestos a la desobediencia, más inclinados a hacer causa común con el pueblo que a marchar contra él.

## CAPITULO VIII

### Requisición revolucionaria

Los procedimientos de requisición incoherente, usados, desde el principio de la huelga por las bandas de los sin-trabajo, fueron útiles porque dieron orientación al movimiento, pero eran insuficientes e inseguros. Ya en esa vía, los organismos sindicales tomaron la iniciativa de una distribución basada en un método racional.

Esa iniciativa se imponía con todo el rigor de la lógica: si los sindicatos (que se proclamaban aptos para la reorganización completa de la sociedad) hubiesen dejado al gobierno solo el cuidado del abastecimiento, hubieran caído rápidamente en el descrédito; su incapacidad, comparada con la acción del gobierno, hubiera renovado el prestigio gubernamental, demostrando que no era tan inútil y perjudicial como suponían sus detractores.

Los sindicatos, al mismo tiempo que saboteaban los esfuerzos del gobierno respecto del abastecimiento de la capital, organizaron un sistema competidor que, aunque defectuoso, era superior. La superioridad fué debida al brote espontáneo de las tendencias comunistas: mientras el gobierno se atenía forzosamente al sistema comercial, o a lo sumo daba por caridad a los que no tenían dinero, los sindicatos practicaban una distribución igualitaria, inspirada en principios de solidaridad.

Su primer cuidado consistió en aglomerar la masa todavía no sindicada, porque raros eran los sindicatos que comprendían, no ya la totalidad, sino ni siquiera la mayoría de los miembros de la corporación.

Hasta entonces, los sindicatos, con raras excepciones, habían agrupado los más inteligentes, los que luchaban por la mejora general, haciendo el sacrificio de sus esfuerzos en favor de los inconscientes no asociados.

Sosteniendo una vez más el peso de la lucha y cargando con la responsabilidad de la batalla entablada, la minoría activa se atraía los no-sindicados, no pidiendo su ayuda en el peligro sino para que participara de la distribución de los beneficios.

Circularon manifiestos invitando a todos los trabajadores no organizados a organizarse o

a inscribirse en su sindicato respectivo, para participar equitativamente en los repartos alimenticios que iban a efectuarse por mediación de las organizaciones obreras.

Esas distribuciones de vituallas no se hicieron con rigorismo estrecho. Beneficiaron también, aparte de los sindicatos, intelectuales, comerciantes y artistas, que se hallaban todavía al margen de la organización, porque ésta había sido en el pasado una organización de combate, y a la sazón se había transformado en organismo social.

Los sindicatos de la alimentación se constituyeron en comisiones de abastecimiento, poniendo a contribución las reservas de las grandes casas de comercio, los depósitos, los almacenes al por mayor, las cooperativas y las cocinas comunistas, instalándose en los locales de fondas y tabernas, donde pudieron practicar las distribuciones y atender en parte al consumo.

La solidaridad que animaba a las organizaciones sindicales dedicó su primer pensamiento a los enfermos, cuidando de reservar para ellos las mejores raciones y la escasa carne restante en las carnicerías.

Los enfermos de los hospitales no sufrieron los efectos de la huelga, porque el personal que les cuidaba continuó en el desempeño de

sus funciones; lo que no hubiera sucedido si de ellos y del personal solo hubiera cuidado la Asistencia pública.

Los obreros panaderos fueron de los primeros a la huelga, mas también, considerando que el pan es la base de la alimentación parisiense, fueron de los primeros en volver al trabajo, aunque bajo condiciones muy precisas. Aceptaron, provisionalmente, amasar como antes en las tahonas cuyos patronos consintieron en distribuir gratuitamente el pan a todos los que no pudieran pagar; en las de los que no aceptaron esta obligación continuó la huelga. Los aceptantes tuvieron la habilidad de cargar la diferencia sobre los ricos, vendiendo el pan más caro.

Además, los obreros panaderos, sucediéronse por tandas continuas, trabajaron en las cooperativas de consumo y en las tahonas obreras, y tomaron posesión de las grandes tahonas patronales, dotadas de amasadores mecánicos, y de las fábricas de panificación, tales como la gran fábrica de pan de La Villette, capaz de cocer en veinticuatro horas muchos miles de panes de cuatro libras.

Para procurarse la harina y el trigo necesario para aquella intensa panificación, se organizaron expediciones para hacer requisiciones en

los docks y en los grandes graneros de La Villette y de Grenelle.

Viéronse nuevamente espectáculos del género que se desarrolló en París el 13 de Julio de 1789, después de haber tomado por asalto el convento de San Lázaro, convertido después en cárcel por la burguesía.

Los asaltantes hallaron en aquel convento grano y harina en gran cantidad, y trasladaron aquel botín al gran Mercado, requisicionando a viva fuerza para hacer el traslado una cincuenta de carros. Operada la carga, se organizó el convoy en grandioso cortejo, en el que se distinguían varios insurrectos revestidos con los oropeles tomados de la capilla del convento.

Sin el brillo de las vestiduras sacerdotales, y sirviéndose de camiones automóviles en vez de los carros primitivos, repitióse el cívico desfile.

La tradición revolucionaria se renovaba por completo, hasta tal punto, que hubo, respecto de esos incidentes, idéntica actitud, en ambos casos, de la fuerza armada: en 1789, los guardias franceses, acuartelados en el arrabal de San Dionisio, se negaron a moverse cuando se les vino a anunciar el asalto del convento de San Lázaro, objetando que no tenían órdenes y

que no querían mezclarse en las faenas de la policía. También por falta de órdenes evitaron los puestos militares su intervención, cuando se les anunció que los huelga-generalistas saqueaban los depósitos de trigo y de harina.

En casi todas las circunstancias en que se veía obligada a intervenir, la tropa ejecutaba las órdenes con manifiesta mala voluntad y aun murmurando, expresando de ese modo cuánto le repugnaban aquellas tareas. Aquellos sentimientos, que los soldados no se tomaban la molestia de ocultar, se aumentaban con los contactos y las relaciones establecidos entre ellos y la población obrera, entre la cual acampaban: se les daba pan y vino, sobre todo el vino en abundancia, y como aquellos pobres diablos estaban hambrientos, aceptaban contentísimos con la ganga.

No se preocuparon únicamente los sindicatos de asegurar un *mínimum* de alimentación para todos. Sus más activos militantes tenían muy presente la conocida máxima de Blanqui: «Es necesario que veinticuatro horas después de la revolución, el pueblo se dé cuenta de que es menos desgraciado.» Y esa máxima se esforzaban por ponerla en práctica.

También pensaron en el albergue y el vestido. Se vistió con ropas nuevas a los harapientos;

se albergó a los sin-asilo en las habitaciones amuebladas y desalquiladas de las casas del vecindario.

Caseros, fondistas y comerciantes protestaban; pero se les pudo convencer mediante los «bonos de requisición», que, aunque les parecía una vaga garantía tenían la ventaja de darles derecho a las distribuciones sindicales. A los bonos solían agregarse algunas explicaciones sobre la solidaridad humana, cuyo reinado se anunciaba.

No todos los caseros y comerciantes eran pacíficos y acomodaticios; también los hubo testarudos que no querían huéspedes por solidaridad, ni estaban de humor de sufrir requisiciones, ni aceptaban los hipotéticos bonos. Aquellos recalcitrantes corrían a pedir ayuda y protección a la policía o a la tropa, de lo que resultaban camorras más o menos graves.

Así se caracterizaba la huelga: a la inmovilidad negativa de los primeros días, que se limitaba a la disgregación social, comenzaba a suceder el período de afirmación y de reorganización.

La actividad se multiplicaba en la residencia de la Confederación, en la Bolsa del Trabajo, en las federaciones corporativas y en los comités de huelga. Allí se había fijado la vida,

vida aun embrionaria, que estaba aún en su período de incubación, pero que después se extendería en organismos vigorosos que reemplazarían a los organismos muertos.

Lo que confortaba y llenaba el corazón de alegría era que, gracias a las medidas adoptadas, la máxima de Blanqui estaba en camino de realización: los parias de la sociedad capitalista veían aparecer la aurora de una vida nueva. Ya algunos comían mejor que ayer, y la atmósfera de miseria que les envolvía era menos pesada, menos espesa, menos negra y denigrante.

## CAPITULO IX

### La rebeldía del ejército

El período de disolución social no podía prolongarse. El gobierno necesitaba un desenlace, porque la persistencia de la huelga, que fortificaba los sindicatos, le producía efectos crecientes de disgregación y de agotamiento. El Estado se hallaba desmantelado: todo crujía; amputado de cuanto le había dado prestigio y constituía los organismos vitales de la sociedad, quedaba reducido únicamente a los organismos de represión: magistratura, prisiones, policía... También tenía el ejército, pero con una fidelidad cada vez más problemática.

Queriendo acabar con la insurrección, el poder proclamó el estado de sitio, con la aprobación del Parlamento; pero el recurso sólo tenía apariencia importante. Las Cámaras no eran ya más que un residuo que se sobrevivía; espantadas, viéndolo todo rojo, podían, en el curso de sus pesadísimas sesiones, discutir,